

APOGEO DEL DESENVOLVIMIENTO HELENICO

(Siglo V á IV, antes de la E. V.)

1.—La democracia y Perikles.—2.—Los años de paz: Athenas centro intelectual y artístico del mundo helénico.—3.—La guerra del Peloponeso: sus causas, sus grandes episodios; sus consecuencias.—4.—Helenos y persas; la «Retirada de los diez mil» y el mercenarismo.—5.—Sókrates.—6.—La hegemonía panhelénica de Esparta.—7.—Thebas y el mundo helénico al mediar el siglo IV, antes de la E. V.

1. *La democracia y Perikles.*—Perikles ha sido el gran *demagogo* (conductor del pueblo) de la antigüedad helénica. Cuando entró en la vida pública encontró á Athenas presa de una profunda agitación política; en los días de la guerra de independencia, aristócratas y demócratas reconciliados habían cumplido con su deber; pero luego la democracia reforzada con el aumento y la prosperidad de la población marítima, había vuelto á la lucha, procurando con ardor el pleno desenvolvimiento de la obra de Klisthenes. Tenía á Efilátés por jefe, mientras el patriciado se agrupaba en torno de Kymón el vencedor de los persas. El blanco de los tiros democráticos era el Areópago; su derecho de oponerse á las leyes contrarias á lo que podíamos llamar la constitución; su facultad de velar por el cumplimiento de las leyes, daban á este cuerpo aristocrático un carácter que estorbaba al progreso popular. Por fin Efilátés logró que pasaran al Estado las prerrogativas del Areópago, y un cuerpo de magistrados (Nomofilakas) nombrados por suerte, las ejerció. Es probable que Perikles fuese el verdadero inspirador de esta reforma. Otras vinieron también: la igualdad entre los ciudadanos era una ironía mientras unos tuviesen dinero de sobra y á otros les faltase absolutamente. Esto no era tan difícil de remediar en Athenas, pequeña sociedad que tenía en su base la esclavitud, sin la cual habría sido difícil á ciudadanos que vivían de su trabajo manual, entregarse cuotidianamente á sus tareas públicas. Convertir á la ciudad en un taller inmenso de obras de arte por cuenta del Estado; mantener el trigo á bajo precio; multiplicar las fiestas y las distribuciones gratuitas que hacían del pueblo el convidado perpetuo de la ciudad, y, por último, dar un salario á cuantos ejercían un cargo público, e. d., á la inmensa mayoría de los ciudadanos, innovación debida á Aristides, según dice Aristóteles en su *Constitución de Athenas*, tal fué en este sentido la obra reformista. ¿Y cómo ejercía su poder el pueblo? Además del Senado (Bulé), el pueblo formó dos clases de asambleas: la *Ekklesia* para elegir los magistrados y confirmar las leyes que el Senado preparaba, y la *Helia* para ejercer las funciones judiciales.

El ejercicio directo de la justicia por el pueblo, es el carácter dominante de

la democracia en Athenas. Los *arcontes* (funcionarios puramente honoríficos) escogían por suerte un número determinado de *heliastas* que se dividía en diez secciones de quinientos ciudadanos (*dikasterias*). Todo caía bajo la jurisdicción de estos jurados, y á todo se daba para ello la forma de un debate jurídico: tratados, examen de la constitucionalidad de las leyes, legalidad y conveniencia de los nombramientos de funcionarios, responsabilidades, aprobación de las obligaciones financieras de la ciudad, etc. Así la plena Asamblea popular estaba en realidad vigilada y contenida por estos magistrados juramentados, asalariados y asesorados por una Comisión especial de peritos (nomotetas) que ejercían la justicia suprema, no sólo sobre los atenienses, sino sobre toda la confederación; de modo que cuanto importante litigio privado y cuanto proceso político y criminal de consideración nacía en Ionia ó en las islas, se resolvía por los heliastas atenienses.—Los generales ó *estrategas* que se turnaban en el mando del ejército, eran elegidos nominalmente por el pueblo; esta fué la magistratura que se reservó Perikles; el pueblo se la confirió por medio de una reelección constante. La obra reformista en que Perikles tomó parte activa fué una necesidad, una exigencia de la democracia: darle plena satisfacción con los salarios y los sorteos, y equilibrar sus tendencias al absolutismo por medio de una ingeniosa distribución de funciones, tal era la reforma, desde entonces acerbamente criticada, como escuela de pereza y charlatanería para el pueblo, pero que sin duda no pudo ser otra cosa que lo que fué.

2. *Años de paz.*—*Athenas centro intelectual y artístico del mundo helénico.*—Todo era educación en el mundo helénico: religión, letras, artes, régimen político; todo alimentaba, desenvolvía, elevaba el espíritu; una ciudad griega era un *pedagogio* supremo. La educación de la niñez y de la juventud era obligatoria en muchas ciudades helénicas; en Athenas la obligación no tenía sanción; había entrado plenamente en las costumbres. El niño jugaba en el gineceo, bajo la vigilancia materna, hasta los siete años; después iba á la escuela conducido por el *pedagogo*; ahí aprendía á leer, á escribir, á contar. El gramatista, el kitarista y el gimnasta lo recibían luego: lectura de los poetas que eran los maestros por excelencia de la juventud, los padres de las grandes ideas y de los grandes entusiasmos, los educadores por excelencia de los griegos; cantos y danzas, aprendizaje de la lira y de la flauta; ejercicios corporales en las palestras (luchas, carreras, etc.), y en fin, el dibujo, un conocimiento somero de la aritmética, de la geometría, de la astronomía, tal era la educación del adolescente; una verdadera *educación* en el sentido de que toda se encaminaba, aun la educación física, aun la mú-

sica, removedora de toda sensibilidad, á formar el ser moral, el hombre completo. El adolescente se convertía en joven é ingresaba entonces en la *efebía*, institución militar á que pertenecían los hijos de familia de las tres clases acomodadas; los otros necesitaban trabajar.—Entre los efebos, unos, los ricos, pertenecían á la caballería, otros eran hoplitas; juraban defender la patria y toda su educación estaba orientada en este sentido; pero continuaban sus estudios superiores: los físicos, en las palestras públicas admirablemente decoradas, y los demás, en las casas de los sabios, de los filósofos.

La Filosofía.—El espíritu nuevo había invadido á Athenas entre el V y IV siglos. La religión, símbolo eterno de la patria helénica, vivía aún; mas, sin predicaciones ni propaganda, era más bien un ceremonial augusto que se aprendía en el hogar, en la literatura, en las fiestas. Los *misterios*, como los de Eleusis, en que por medio de una iniciación se penetraba en el secreto de ciertos mitos (el de *Demeter*, la tierra fecunda, y *Persefoné*, el grano que se esconde y vuelve en forma de planta á la luz, robada por *Hades*, el infierno, y recobrada luego) atraían cada vez mayor número de devotos. Los guiaba el afán de penetrar en el *por qué* de las cosas. De aquí había nacido en Ionia una manifestación mental nueva, única entonces en el mundo circunmediterráneo: *la Filosofía*. Este vocablo es sinónimo de ciencia; lo que nosotros así llamamos nació entonces; un filósofo ó sofista, términos idénticos al principio, equivalía á lo que hoy apellidamos *un sabio*. Hoy que la filosofía no es más que la síntesis suprema de la ciencia, no es malo recordar que al nacer no se distinguían una de la otra. Curioso infinitamente y obligado por la conformación de su espíritu á buscar la ley ó la razón última de todo, el heleno de Ionia fué el primero en inquirir el por qué del universo; de aquí brotaron sistemas completos y armónicos como obras de arte. El fundamento de todo, el primer elemento, es *el agua*, decía Thales; es la *materia* infinita, decía Anaximandro; el aire infinito, opinaba Anaximenes, todo es el *éter* más ó menos condensado. De Ionia la filosofía emigró á la Magna Grecia (Italia Meridional); con Xenofanes apareció en Elea, con Pytágoras en Krotona: debe haber algo *exterior á la naturaleza* (e. d. metafísica) que la explique, algo no material: el *número*, que explica la universal armonía, afirmaron los pytagóricos; el *ser*, único y eterno, dijeron los de Elea; todo es apariencia, sólo *El* es realidad. La escuela Ionia tornó á hablar: ni es posible conocer al *Ser* (lo Incognoscible) ni es posible llegar á la realidad de los *fenómenos*; todo es transformación perpetua, todo es un perenne *advenir*; tal fué la doctrina nueva (Heráklito). La conciliación de estas doctrinas suscitó nuevas escuelas; Anaxágoras las rechazó en los comienzos del siglo V y pro-

clamó la existencia de *la inteligencia infinita* y espiritual, y Demókrilo mostró cuán vano era todo lo que no buscaba en la materia, y en *las combinaciones atómicas* la explicación de cuanto existía.

Esta inmensa corriente intelectual descendió de las alturas del pensamiento á la masa social, que sentía que todas las creencias se desquiciaban bajo ella; los filósofos empezaron á aplicar á *la política* sus ideas y formularon constituciones, generalmente efímeras. Otros, predicando *el escepticismo*, dudando de todo, sólo retenían el arte de pensar sutilmente, y los helenos se embriagaban con esta maravillosa prestidigitación de la palabra; éstos se llamaron *sofistas* y fundaban escuelas para enseñar *la elocuencia* y el arte de raciocinar, la *dialéctica*; por ello recibían un salario.

Perikles fué amigo de los filósofos que vinieron á Athenas; los defendió cuando el miedo religioso empezó á combatirlos; la que hacía el papel de esposa á su lado, la bella Aspasia, fué el centro de un vasto grupo de pensadores; Perikles comprendió que era preciso, para mantener la religión, idealizarla, y la poesía y el arte se encargaron de ello.

La Literatura—Vimos nacer del movimiento creado por la poesía épica, el iambo y la elegía, impregnados de pasión patriótica y política; una transformación de la lira convertida por Terpandro en instrumento de siete cuerdas, dió origen á formas nuevas en el canto y la danza, y la poesía lírica, expresión de los sentimientos del cantor, apareció entonces. Esparta fué, por su alto papel en la Grecia anterior á las guerras médicas, el centro adonde convergió esta actividad. Todo lo expresó la lira heptacorde: la voluptuosidad delicada é impura de Anakreon, los ardientes himnos nupciales de Sappho, los sentimientos de patriotismo panhelénico de Simonides, el poeta de las luchas heroicas con los persas, y los divinos acentos del beocio Píndaro en celebración de las victorias agonísticas.—Cuando Athenas se convirtió en el centro intelectual de los helenos, ya había creado un género de poesía que reunió las cualidades de la lírica y la épica: *el Drama* (tragedia y comedia). Nacido en las fiestas de Dionisos, cuando la narración de la vida del Dios alternó con los coros, puesto el narrador sobre un tablado, pronto se ensanchó hasta servir para dar la vida del diálogo á los grandes mitos y las leyendas célebres. El narrador representó á los dioses y á los héroes y no siguió estando solo; un nuevo actor se le agregó, la escena tomó magníficas proporciones, un inmenso hemicycle apoyado en el Akrópolis y lleno de sillas de mármol, fué el templo de aquella nueva forma del arte. Eskylo apareció; sus tragedias, expresiones simbólicas á veces del estado político de Athenas (como *la Orestía*, trilogía cuya pieza final divinizaba al Arcópago) tienen un

carácter sacerdotal y profético, que da no se qué acento extraordinario á sus creaciones de una soberana elevación moral. Sófokles, más humano, más armonioso, más perfecto, menos pomposo y menos alto que Eschylo, es el verdadero poeta de la época de Perikles y de la supremacía de Athenas. Eurípides, que vino después, descendió todos los peldaños de la pasión humana; sus obras conmueven más, pero inspiran menos la pura y verdadera emoción de lo bello. La comedia, nacida de las farsas desenfrenadas que tenían su origen también en el culto de Dionisos, tuvo como principal intérprete á Aristófanes, flagelador implacable y exageradísimo de la democracia y de los demagogos; su *verba* era maravillosa de ira, de pasión y de gracia en la sátira, y alguna vez se encumbraba á las más altas cimas de la poesía.

Jamás hubo siglo que creara tanto. La filosofía, el drama, la historia, que de las simples narraciones de los logógrafos se había elevado á una obra de arte (de razón y poesía al mismo tiempo) con Heródoto, y la elocuencia, hija de la democracia que en el siglo V se encarnó en Perikles, son las manifestaciones geniales del espíritu helénico y del ático particularmente. Y es que en Athenas la democracia era veleidosa, irrespetuosa, llena de capricho y de pasión, pero adoradora de todo lo que era inteligencia; fué la única aristocracia que aceptó siempre. Por eso Perikles, que vivía retraído, que descendía de la raza sospechosa de los almeonidas, que se parecía á Pisistrato, nunca tuvo ni un soldado para imponerse, ni una adulación al pueblo para ofuscarlo; su elocuencia, por lo levantada y por lo serena, mereció ser llamada olímpica, y con su sola elocuencia gobernó á Athenas.

El Arte.—Perikles, administrador principal del tesoro público, con el que llegó á confundirse el de la confederación transportado al Akropolis, regulador de las fiestas públicas y árbitro de las construcciones del Estado, pensó en hacer de Athenas la capital del mundo artístico; fuera de sus gustos personales, lo empeñaban en ello tres grandes móviles: dar trabajo bien retribuído á toda la población necesitada, era la idea social; dar á la religión y al culto una pureza y majestad casi ideales, para impedir que el fanatismo ó el escepticismo se apoderasen de la democracia, era la idea patriótica; y hacer digna á Athenas de ejercer la hegemonía espiritual sobre una Grecia confederada, era la idea panhelénica. Con este fin invitó á los helenos á formar una especie de anficiónía para reparar los templos destruídos por los persas; la envidia que ya despertaba Athenas, sobre todo en Esparta y Korinto, hizo inútil la tentativa. Entonces emprendió la ciudad las cosas por sí misma. La Grecia entera comenzaba á poblarse de templos, de obras escultóricas y pictóricas que indicaban que la emancipación respecto del arte asiático era com-

pleta; en las islas, en Argos, en Egina, sobre todo, célebre por sus fundiciones de bronce, el progreso era notable. En Athenas misma, bajo los auspicios de Kymón, se había hecho mucho; Fidias había esculpido para el Akropolis su estatua colosal de Athena Promakos, y Polignoto, admirable pintor de historia, había decorado algunos edificios públicos.

Perikles, asociado á Fidias, dirigió las cosas más sistemáticamente; el Atika entera, desde el cabo Sunión, espléndidamente coronado de templos, hasta Eleusis, que vió renovado el santuario de los misterios de Demeter, un ejército de artistas trabajaba con increíble actividad. Athenas se llenó de obras de utilidad y arte; entre las primeras descuella el puerto triple del Pireo, el mejor de Grecia; entre las segundas los edificios incomparables del Akropolis, desde los Propyleos que eran su vestíbulo espléndido, hasta el *Parthenon*, el templo de la virgen Athena, que era su corona y que fué y es la piedra de toque del arte de construir y esculpir, en su esfera más luminosa y serena. Dentro del *Parthenon* una estatua crysoelefantina (oro y marfil) de Athena, proclamaba el genio de Fidias. La Grecia entera se conmovió con aquellas maravillas; en donde quiera los gérmenes sembrados por Athenas produjeron una florescencia bellísima de mármol y bronce. Olympia se distinguió entre todas las ciudades helénicas levantando á Zeus, rector de los juegos olímpicos, un templo de primer orden, en cuyo centro la imagen, ó mejor dicho, la ofrenda al Dios, estatua esculpida por Fidias, realizaba el ideal teológico y artístico de aquella época sin par.

Así transcurrían los años de paz. Athenas era dichosa; en ella se reunían todos los helenos notables; en las fiestas que cada cuatro años celebraba en honor de Athena (las grandes *panateneas*), se daban cita todos cuantos podían hacer esa especie de peregrinación que completaba la educación de aquel pueblo, amante espontáneo de lo bello. Todas las industrias eran importadas en Athenas y ahí se perfeccionaban; la cerámica, sobre todo, que hasta en sus más humildes productos (vasos y lámparas de ínfimo precio) mostraba el sentido delicado de la forma, la limpieza de concepción y la serenidad que en grado supremo brillaban en las obras de Fidias. En cambio de estos artefactos derramados en los mercados, desde Crimea á Ethiopía y de Cádiz á Suza, los atenienses recibían los cereales de las costas del Euxino, en flotas consagradas á este tráfico solamente, y esclavos, peces y pieles de esas mismas regiones; maderas de Tracia; frutas de Eubea, uvas de Rodas, vinos de las Islas, tapices de Mileto, metales de Kypre, incienso de Siria, dátiles de Fenicia, papiro de Egipto, silfón de Kyrene, golosinas de Sicilia, calzado fino de Sikyone, etc. Aquella paz hubiera debido durar un siglo; duró unos cuantos años.

3. *La guerra del Peloponeso; sus causas, sus grandes episodios y sus consecuencias.*—La antítesis radical entre el espíritu abierto de los ionios y el estrecho de los dorios, yace en el fondo del conflicto entre Atenas y Esparta; la suerte de Atenas, centro glorioso del mundo helénico, y la de Esparta, reducida á su papel de jefe de la liga del Peloponeso, hicieron ese conflicto inevitable. Cuantas veces Atenas quiso extender por tierra su poder, se encontró á Esparta. Una imprudencia (el auxilio prestado por Atenas á Korkyra, sublevada contra Korinto, su metrópoli y miembro conspicuo de la liga del Peloponeso) determinó la lucha que se llama *Guerra del Peloponeso*, entre los años 431 y 404, antes de la E. V.—La guerra declarada por la Asamblea de la liga del Peloponeso y aconsejada por la pytia délfica, comenzó con una serie de invasiones en el Atika. Perikles, que había aconsejado la guerra, lo había dicho ya. «No gimáis sobre la devastación de vuestros campos; pensad en los hombres; deberíais devastarlos vosotros mismos y mostrar á los lacedemonios que nunca consentiríais en obedecerlos á tan poca costa.» La población entera se encerró en los muros de Atenas, acampando al aire libre con los frutos de sus campos, sus ganados, etc. Una epidemia que reinaba en Egipto hacía tiempo, se comunicó á la ciudad por su frecuentadísimo puerto, y aquellas multitudes empezaron á perecer y el terror se apoderó de todos los ánimos. La Asamblea se encespó airada contra Perikles, á quien reprochaba la guerra y la desventura pública. «Yo no he cambiado, sino vosotros que érais de mi opinión en la prosperidad, y me desmentís en la adversidad,» contestaba aquel orador de mármol. Fué destituido, sin embargo, y cuando algún tiempo después el pueblo le devolvió el mando, ya el hombre estaba vencido; sus amigos, sus hijos habían muerto; la peste lo mató en medio del duelo universal (429): «Por mí no ha vestido luto ningún ateniense,» fueron las últimas palabras del gran repúblico.

Los demagogos de segundo y tercer orden le sucedieron; por su violencia en los discursos y el desenfreno de sus opiniones se hizo notable Kleon, á quien Aristófanes cubrió en sus comedias de un ridículo inmortal. Era injusto el poeta: Kleon era un patriota; si aumentó los honorarios de los jueces populares; si pidió la ejecución en masa de una isla rebelde; si se opuso á la paz cuando se trató de invadir el territorio de Lakonia, él mismo, en compañía del navarca Demóstenes, infligió á los espartanos la humillación de Sfaeria, isla en que hizo rendir las armas á un grupo de soldados de Esparta, cosa inaudita; y luego, cuando Brásidas, el más notable de los generales lacedemonios en estos años primeros de la lucha, atacó en Tracia las clerukias ó colonias militares de los atenienses, Kleon fué en persona á contenerlo

y en Anfipolis fué vencido, pero perdió la vida; también murió el vencedor. —Muertos Kleon y Brásidas, el partido de la paz triunfó en Atenas; al frente de este partido, formado de los aristócratas, estaba el honrado é irresoluto Nikias. —Un antiguo pupilo de Perikles, discípulo del ya entonces famoso filósofo Sókrates, causaba la admiración del pueblo ateniense por su belleza, su prodigalidad, su elocuencia y por la inquietud que causaba á los buenos ciudadanos su ambición ilimitada, su desprecio hacia los númenes patrios y sus dotes singulares de seductor de pueblos: se llamaba Alkibiades. Aconsejaba á los atenienses el abandono de la tímida política de Perikles y las grandes expediciones y las conquistas opulentas.

La isla de Sicilia era ya renombrada por su riqueza. Los indígenas iberos y ligures ó sikels, habíanse concentrado en las pendientes del Etna, que forma el vértice de aquella inmensa pirámide insular, y cedido buena parte de las costas á los helenos que habían fundado en ella ciudades de gran importancia como Siracusa, Akragas, Gela, etc.; unas de origen dórico, iónico las otras. Los tirrenos ó etruscos habían luchado allí con los helenos, y los cartagineses también; Sicilia era preciosa para dominar el comercio entre las dos cuencas del Mediterráneo. Los fenicios de Cartago, aliados de Jerjes, atacaron á los helenos en el primer año de las guerras médicas y fueron vencidos en Himera; el gran lírico heleno pudo en un canto triunfal asociar los nombres de Himera y Salamina (Píndaro, 1ª Pytica). El vasto reino siciliano que Hierón, el hijo del vencedor de los cartagineses quiso establecer, no le sobrevivió; las ciudades recobraron su independencia y continuaron sus terribles discordias interiores y exteriores; casi todas fueron declinando en tiranías. Una de esas ciudades pidió á los atenienses auxilio contra Siracusa, á pesar de la oposición de Nikias; el partido popular y Alkibiades, hicieron decretar la expedición en que se reunió lo mejor de la flota y de los soldados de Atenas y que se despidió, en medio del alborozo general, del Pireo. Alkibiades y Nikias la mandaban; pero apenas tocaban las playas de Sicilia, el primero fué llamado á Atenas para responder de una acusación de impiedad (la mutilación de los *hermes* sagrados puestos en el mercado desde tiempo inmemorial). Alkibiades, temiendo el poder de las sociedades secretas (*heterias*) formadas por los oligarcas, que habían minado el ánimo del pueblo, huyó á Esparta y aconsejó la alianza con Siracusa. Los espartanos mandaron, efectivamente, su flota y un buen general á Sicilia; y los atenienses, de derrota en derrota, perdieron flota, ejército y generales, que fueron capturados y degollados (Demóstenes y Nikias, 413). La noticia del desastre causó espanto en Atenas; pero el pueblo hizo un esfuerzo supremo para defender su impe-